

Reconocimiento de la identidad como forma de re-existencia de los campesinos de Asoprocampo CC en Carmen de Carupa

Por Laura Ximena Almanza Alarcón, Paula Daniela Estupiñán Zocadagüi y Valentina Malaver Ribón

Estudiantes de último semestre de Trabajo Social, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, Bogotá, D.C., Colombia.

Introducción

El presente proyecto de investigación se desarrolla en Carmen de Carupa, municipio colombiano del departamento de Cundinamarca ubicado en la Provincia del Valle de Ubaté. Los sujetos protagonistas son campesinos pertenecientes a una asociación conocida como Asoprocampo CC, conformada por 19 personas.

La investigación fue desarrollado a través de diferentes espacios de encuentro y escucha, tanto virtuales como presenciales. El propósito fue analizar el reconocimiento de la identidad que tejen las y los campesinos de Asoprocampo CC, permitiendo visualizar de qué manera consolidan formas y espacios de re-existencia.

La modalidad de trabajo permitió poner en discusión y visualizar aquello que les es propio y que configura formas de re-existencia fundamentales para enfrentar el fantasma del colonialismo que aún impera en el mundo actual y que, al igual que en sus inicios, busca la dominación y homogeneización de ese *otro* que no encaja con la ideología dominante.

Para lograr desengancharse de dicha colonialidad y poder ya no resulta suficiente únicamente resistir, porque eso implica seguir bajo la imposición de ciertas premisas que alguien más propone. Este es el momento de resurgir, reemerger y re-existir, lo que permite imaginar y construir, tal vez no desde cero pero sí desde lo particular y propio que reafirma la identidad y enaltece las expresiones populares que al fin y al cabo representan los orígenes y la cultura de las diferentes comunidades que por mucho tiempo estuvieron silenciadas.

Por esa razón, la investigación abordada desde Trabajo Social representa una oportunidad para exaltar a los campesinos/as y su lugar de enunciación, pues para nosotros como sociedad ellos son una parte fundamental. Por otro lado, invita a la academia a realizar futuras investigaciones e intervenciones que involucren a esta población y que den cuenta del valor que tienen en la diversidad cultural que caracteriza a Colombia, así como la importancia del papel que cumplen.

Contextualización de la problemática

La ajenidad es inculcada, introducida sutilmente, aprendida a través de diferentes dispositivos de dominación, generando muchas veces una sensación de no pertenencia y de contradicción que construye formas de transcurrir en un mundo que es propio pero presentado como extraño.

(Carballeda, 2017, p. 67)

Con la invasión colonial de Abya Yala *-I-* se inician una serie de actos violentos dirigidos contra las comunidades originarias o nativas, no sólo enmarcados en la violencia física sino en la psicológica, sexual y emocional. Son estas violencias las que siempre se han escuchado; aunque dentro de la lógica de la conquista se encuentran también otras violencias, como la epistémica y la simbólica, que son tan graves y devastadoras como las demás.

Se entiende por violencia epistémica a una forma de poder que constituye sus ideologías y epistemes legitimadoras dominantes para introducir, establecer y codificar ciertos conceptos -y no otros- como algo relevante, verdadero o posible. Esta violencia, ejercida por regímenes autoritarios mediante la denigración e invalidación de otros saberes, logra la negación, minimización, silencio e invisibilización de ese “*otro*” considerado como inferior y diferente.

Lo anterior constituye formas violentas de construir identidad y significaciones debido a que en muchos casos la condición de diferenciado se interioriza y se acepta. En ese mismo orden de ideas se encuentra la violencia simbólica, concepto introducido por Bourdieu y que designa una forma de violencia que podemos llamar “dulce” y casi invisible (1993). En otras palabras, es una relación en la que el dominador ejerce violencia indirecta en contra de los dominados, los cuales no son conscientes de dichas prácticas, permitiendo la prolongación de la violencia y de su propia dominación. Todo este proceso colonial configuró relaciones violentas que incluso en el presente se siguen manifestando; esto, a través de un proyecto hegemónico presente en la historia desde la invasión y que se transforma dependiendo de las circunstancias de cada época. La hegemonía busca conseguir y perpetuar un estado de homogeneidad en el pensamiento y en la acción en el que haya una única norma social y cultural aceptada, lo que trae como consecuencia el olvido y la desvalorización paulatina de lo que nos es propio.

Sin embargo, pese a ese proyecto hegemónico capitalista/neoliberal occidental, en el cual hay rupturas y transiciones de los patrones del poder, nacen posturas contrarias (pensamiento descolonial) que propenden al desarraigo de esa “*herencia colonial*” en dirección a que surja “un nuevo sujeto latinoamericano que se constituya desde su propia construcción histórica y cultural, al reestructurar las relaciones de poder colonial, por medio de la desvinculación de las relaciones de dominación-subordinación a las que estaba ligado” (Díaz, 2017).

Estos “discursos hegemónicos” han impactado notablemente sobre la ruralidad y el campesinado, generando nuevas des-identidades. Cueva (2013), citado por Román (2014), analiza cómo existe una disputa interna para construir una identidad campesina y no del campo, al comprenderse a partir de una lógica de pobreza, de trabajo duro y físico, desatando el abandono y entierro de esa cultura de supuesta miseria para proponer modificaciones a sus modos de vida en el territorio rural, tales como: sus viviendas, educación, forma de vestir, entre otros aspectos. (Atehortua, 2014).

En el municipio de Carmen de Carupa, los planes y programas gubernamentales que se han

implementado para la comunidad -expresada por ellos mismos como “población vulnerable”- se basan en fortalecer el desarrollo integral a partir de acciones asistenciales que se sitúan en el eje del plan de desarrollo municipal, como lo son: salud (física, mental, discapacidad), educación (transporte y alimentación escolar) y desarrollo social (adulto mayor, primera infancia, juventud y línea de género), contando con estrategias preventivas y promocionales y espacios de participación (Alcaldía Carmen de Carupa, 2021). Los beneficios del desarrollo en la ruralidad se entienden como un proceso en pos de rentabilizar sus actividades productivas para sacarles de su “pobreza y subsistencia” como si el modo de vida campesino fuera algo negativo (Escobar, 2007).

Sin embargo, este tipo de intervención institucional se fundamenta en los principios del colonialismo capitalista, que percibe al campo como un territorio en el que sólo se necesitan políticas de asistencia a los “grupos vulnerables”, considerándolos como una minoría dependiente, no sólo en lo económico sino en lo ideológico. Así, la hegemonía cumple su objetivo de:

1) Quitarle el rol protagónico y concebir a las acciones de la sociedad campesina como retrógradas e inviables.

2) Avasallar la dignidad de esos pueblos hasta desaparecerlos. (Cueva, 2013; Román, 2014). Si bien el Estado y sus instituciones pueden generar espacios de participación y diálogo sugiriendo lo que es mejor para ellos desde su perspectiva -y a veces escuchando sus voces- sólo funcionarán si se establecen relaciones simétricas que permitan tomar decisiones con autonomía para decidir sobre sus formas de vida, respetando su cultura, sus saberes, sus intereses y “sus formas de querer ser y habitar el mundo” (Atehortua, 2014, p.147).

Es así como desde el pensamiento descolonial emerge la importancia de visibilizar y mostrar las luchas de las comunidades por mantenerse en pie y preservar sus cosmovisiones, lo que está directamente relacionado con la re-existencia, la cual permitirá develar, cuestionar y problematizar el orden establecido para así asumir el compromiso y reivindicar lo que nos es o hacemos propio. Es necesario empezar a hablar de re-existencia -y desarrollar proyectos e intervenciones con este enfoque- para fortalecer procesos identitarios. En este caso específico, hablar de re-existencia campesina es fundamental, puesto que la conservación y difusión de sus prácticas permitirá conseguir la valorización de su papel y el reconocimiento de la ruralidad dentro de la sociedad, propiciando llevar a discusión el tema, no sólo en el ámbito académico sino también en los diferentes escenarios del país.

Ejes conceptuales

Referente a la *ruralidad*, desde la mirada de Ceña (1993) -citado por Farah y Pérez (2004)- entendemos que es el:

“Conjunto de regiones o zonas en las que se asientan pueblos, aldeas, pequeñas ciudades y centros regionales, espacios naturales y cultivados y en donde se desarrolla una gran diversidad de actividades como la agricultura, la industria pequeña y mediana, el comercio, los servicios, la ganadería, la pesca, la minería, el turismo y la extracción de recursos naturales” (p.140).

En la ruralidad converge el *campesinado*, considerado como una clase social que construye su identidad a partir de características homogéneas o compartidas en el sentido de su lenguaje, creencias, cantos, valores y tradiciones, sus prácticas, actividades económicas, luchas políticas, entre otras; mediante relaciones sociales cercanas y sólidas, las que permiten transmitir y preservar los aspectos que los hacen ser parte de aquella. En efecto, el *campesino/a* es comprendido como:

“Personas que dedican la mayor parte o todo su tiempo laboral a trabajar directamente con la tierra y/o los animales en extensiones de pequeña, mediana o gran envergadura, por lo tanto habitan en zonas rurales o aquellas zonas urbanas adecuadas para las labores de campo. Por estar rodeados, mayormente, de ecosistemas naturales de variadas índoles (desérticos, boscosos, selváticos, paramunos, etc.), se ven inmersos en las dinámicas propias de los ciclos de la vida (flora y fauna), estableciendo relaciones y prácticas (cotidianas, emocionales, económicas, culturales y políticas) con estos ecosistemas, con personas de su entorno, con personas ajenas a su entorno y con instituciones del Estado” (Sierra, 2019, p.33).

En ese orden de ideas, es importante enfatizar que en este proyecto investigativo se aborda la noción de identidad desde un contexto de resistencia, tal como la plantea el sociólogo español Manuel Castell -explicado por Garín (2021)- a través de tres tipos de identidades:

- Las “identidades legitimadas”, cuando son representaciones culturales introducidas por las autoridades dominantes.
- Las “identidades en resistencia”, como aquellas generadas por aquellos actores en posiciones, condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes y opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad.
- Las “identidades proyecto”, que a partir de los materiales culturales de estos sectores construyen una nueva identidad que les permite la imaginación de un nuevo proyecto de sociedad (p.4).

Acorde con esa definición, Castellanos (2019) la complementa al plantear que la identidad campesina se retroalimenta de las prácticas tradicionales, tales como labrar la tierra, cosechar los alimentos y cuidar a los animales, llevando a la práctica procesos de aprendizaje con el entorno, regulados por la lectura y comprensión que hacen de la tierra.

Respecto al **reconocimiento**, Honneth (2006) -citado por Matijasevic, M. (2015)- lo entiende como un asunto clave para la identidad de los sujetos sociales históricamente situados. Este reconocimiento debe ser entendido como un comportamiento con el que respondemos de manera lógica a cualidades de valor que hemos aprendido a percibir en los sujetos, lo que permite a los otros identificarse con sus propias cualidades y alcanzar una mayor autonomía.

Por otro lado, no se puede desconocer que la *re-existencia* es uno de los conceptos claves para la investigación, por lo que su claridad conceptual resulta fundamental. Anteriormente se resaltó la definición que plantea Albán (2013). Desde su importancia teórica, la retomamos poniendo a consideración el párrafo en el que se define a la re-existencia como:

“Aquellos dispositivos que las comunidades crean y desarrollan para inventarse

cotidianamente la vida y poder de esta manera confrontar la realidad establecida por el proyecto hegemónico que desde la colonia hasta nuestros días ha inferiorizado, silenciado y visibilizado negativamente la existencia de las comunidades (...)” (p.455).

Para practicar la re-existencia es necesario asumir otras posibilidades, sumergirse en un universo de significados diversos, decidir lo que no aparece como opción dentro de lo impuesto. Ahora bien, también se plantea un asunto muy importante a considerar y es la diferencia entre resistencia y re-existencia. Si bien la resistencia intenta “oponerse”, se relaciona más con “soportar”; mientras que la re-existencia pretende “romper” con cualesquiera sea el fenómeno que interrumpe la forma en la que se existe, buscando así implementar modos de cohabitar con lo impuesto sin que esto influya o invada las prácticas propias.

Análisis e interpretación

En la etapa de trabajo de campo se realizaron 9 entrevistas semiestructuradas compuestas por 17 preguntas cada una, las que tuvieron características heterogéneas en cuanto a género, edad, etnia, entre otros aspectos que hacen referencia al campesinado participante relacionado con la temática central de esta investigación. A partir de sus narrativas en este proceso investigativo se ha reflejado su forma de ser, pensar y hacer propio, lo que se aborda a continuación:

Prácticas tradicionales y espacios contrahegemónicos

Las y los campesinos de Carmen de Carupa reconocen que dentro de sus actividades diarias realizan ciertas prácticas que no sólo los caracterizan como miembros de este grupo social (campesinado) sino que además tienen un valor adicional por la tradición que hay en ellas, ya que han sido transmitidas de generación en generación y aprendidas a través del ejemplo de sus antepasados. Los integrantes de Asoprocampo CC se refieren a sus prácticas tradicionales como labores del campo y mencionan dos que para ellos son infaltables en la cotidianidad de un campesino: la agricultura y el cuidado-manejo de animales (ganadería vacuna, ganadería ovina y avicultura).

“En el diario vivir, culturalmente hay dos producciones que es, la parte agrícola que es papa y en la parte de ganadería pues ganadería de leche que se ha venido especializando. Tradicionalmente hacen un proceso de preparación del terreno; antes lo hacían con bueyes o con caballo, ahora lo hacen con maquinaria agrícola. Inicialmente pasan un retobo y ahí ya pues empiezan a eliminar algo de quipuyo, posteriormente hacen un proceso de cincel, cuando el terreno lleva mucho tiempo sin trabajarlo o está muy compactado pues pasan un arado de disco, pasan un cincel, nuevamente el retobo y luego si hacen el proceso de la siembra, del surcado, el surcado se hace generalmente con tractor igual, con surcadora y hay muchos que en la parte de mayor inclinación del terreno lo hacen con caballo para que no quede profundo” (R.A, comunicación personal, 16 de julio, 2021).

Se evidencia que las diferentes prácticas ancestrales aún tienen validez y cierta carga emocional que conecta a esta comunidad con su propio territorio. También así se puede

decir que el seguir utilizando esas técnicas pasadas, junto con el hecho de autoabastecerse evitando el adquirir productos en tiendas de cadena o mayoristas, representan formas de re-existencia por lo que permiten la reflexión en torno a la manera como los sujetos se reconocen en sus historias, formas de ser y estar en el mundo, distintas a las lógicas del capitalismo contemporáneo (Melengue y Chévez, 2018). Esas prácticas tradicionales que enriquecen el ser del campesino también los mantienen en una lucha constante, tanto por su preservación como por su transmisión, debido a que hacen posible la representación y vivencia de su cultura, que a su vez se convierten en actividades y espacios contrahegemónicos que combaten contra el orden ideológico y social impuesto.

Resignificación y reconocimiento de cosmovisiones

El ser y el hacer del campo hacen parte de la identidad cultural de los campesinos, por lo que su reconocimiento -tanto por parte de ellos mismos como también por parte de la sociedad colombiana- generará que aquella cosmovisión no quede de lado, resurgiendo y afianzando el vínculo entre campesinos y sus maneras de ser, pensar, decir y actuar; lo que al mismo tiempo permitirá su extensión en el tiempo. Así lo dice Martínez (2015), al afirmar que “Las formas de apropiación de esas expresiones identitarias resultan fundamentales para su continuidad” (p.26). Es así como su valoración real -que se puede denominar como patrimonio inmaterial- dará paso a retomar lo propio y salvaguardarlo. No obstante, simultáneamente a la apropiación y preservación es necesario conocer cuáles son los saberes que con el tiempo adquieren y las formas en que lo aprenden...

“Pues los saberes son los que le enseñan a uno los abuelos y los papás, porque uno que se crió con abuelos pues uno se acuerda de cómo ellos cuidaban los animales, cosechan, de cómo ellos estaban pendientes de su finca sin dañarla, ellos no ponían un tractor a arar porque eso les iba arrastrando el abono de la tierra, entonces ellos eran con los bueyes, ellos cuidaban su tierra, ellos no rompen nada, no acababan con los árboles, nada de eso, ellos cuidaban mucho los árboles, entonces uno a base de eso, algo aprendió y algo pone en práctica, tanto en los quehaceres de la casa como los quehaceres de afuera en el campo, y en el cuidado de los animales. Entonces todos esos saberes uno como que quisiera seguirlos expandiendo, pero entonces, ya es muy poca la gente que se queda en el campo” (L.M, comunicación personal, 14 de Julio, 2021).

Se puede afirmar que la narración y el ejemplo son elementos claves para la transmisión y para la creación o fortalecimiento de un arraigo, tanto cultural como rural. Sin embargo, dentro de ese discurso también se pueden identificar ciertos aspectos “negativos”:

1. Anteriormente existía un sentido de pertenencia más profundo con la tierra y
2. El interés decreciente por la vida en el campo.

Esas dos razones pueden ser vistas como posibles consecuencias de otra cuestión que, aunque lamentable, forma parte de la realidad campesina, tal es el no reconocimiento de su importancia dentro de la sociedad colombiana. Sumado a esto, alrededor de la población campesina giran una serie de prejuicios-estigmas que los afectan tanto a nivel individual como colectivamente, siendo víctimas de discriminación y exclusión...

“Siempre son los negritos, siempre son los enruanados, siempre son los que huelen feo, siempre son los que hablan mal, son los que no tienen cultura, son los que no son civilizados. No sé porque siempre lo toman como un insulto decir: “un boyaco”, cuando un boyaco es lo mejor que existe en la vida, tiene muchísimas capacidades o un pastuso también, pero siempre se toma como un insulto” (R.A, comunicación personal, 16 de julio, 2021).

Este tipo de situaciones ocasionan que los campesinos sean vistos como inferiores frente a los demás grupos sociales, lentamente invisibilizados y dejados en el abandono. Es por eso que se hace urgente reivindicar y resignificar su identidad, creando estrategias que logren combatir la estigmatización y posicionen a los campesinos en el lugar que siempre debieron ocupar.

En definitiva, la resignificación y el reconocimiento de esta cosmovisión sólo será posible con la recuperación de todos aquellos saberes que guardan los campesinos. Asimismo es necesaria la exaltación de sus labores y el amparo por parte de todos los que conforman la sociedad, haciendo efectivos sus derechos, protegiéndoles, defendiéndoles y honrándoles como personas.

Discurso colonial

Actualmente se pueden identificar -y también vivenciar- ciertas consecuencias que trajo consigo el proceso de conquista, que contrario a lo que muchos creen todavía sigue vigente en nuestro contexto, pues día a día sigue desestructurando a esos “pequeños mundos” pertenecientes a comunidades autóctonas, interrumpiendo así su cultura y forma de vida para imponerles otra diferente, más aceptada y correcta...

“En todo va reflejado eso, digamos en la forma de vestirse, para hablar y comunicarse con los demás, o para el mismo trabajo del campo. Pues para todo le van diciendo a uno que “actualícese eso ya no se usa, eso ya paso de moda, tiene que actualizarse”, Pero uno se da de cuenta que la misma forma de trabajar, fruto de esa dichosa revolución industrial, fue buena pero por otro lado no, y en este momento la gente ya se está empezando a dar cuenta y está volviendo otra vez a lo que se hacía antes, así nos digan que somos los ignorantes, pero nosotros tenemos más razón de la que tienen ellos” (LM, comunicación personal, 14 de julio, 2021).

Se evidencia que el proyecto hegemónico civilizatorio tiene un objetivo tácito que se esconde tras la palabra “actualización”, buscando así que las prácticas propias de este grupo social se vayan desvaneciendo para que se facilite la infiltración de nuevos modelos de vida moderna.

Se mencionaba anteriormente que como consecuencia de dicho proyecto, se pueden presentar ciertas contradicciones y conflictos identitarios, puesto que lo que un día los representaba ya no es aceptado y constantemente están siendo invadidos con información que confunde y desprecia su ser.

Narrativas de sí mismos

Desde éstas se contempla la propia voz de las y los participantes frente a sus sentires y la construcción de su propia identidad. Esto se ve reflejado en la apropiación -al hablar de sí mismas/os- del gusto por la tierra y la implicación de ésta en su desarrollo como personas así como en sus valores y en la esencia única de cada individuo. Como se mencionaba anteriormente, hay un gusto e implicación de la tierra en las y los campesinos, ya que se tiene un gran amor y arraigo por la misma.

Sin embargo, a pesar del valor que carga esta población, se encuentran ciertos cambios en la forma de vida del campesino debidos a factores tales como la mecanización, la falta de apoyo del gobierno y la estigmatización que los hace sentir vulnerables, golpeados e ignorados, lo que conlleva a que vayan perdiendo su motivación, el reconocimiento que merecen y por ende, un debilitamiento de su identidad. Aun así, priman habilidades y cualidades campesinas tales como su sencillez, amabilidad, servicio, el ser trabajadores y “echados pa’ delante”, que les permite mantenerse fuertes y motivados para no perder esa esencia, de la que se sienten tan orgullosos y orgullosas.

Formas simbólicas en la construcción de la autoimagen

Dentro de la identidad se comparten elementos culturales, factores no tangibles como una lengua, una sangre, una religión, ciertas costumbres, símbolos, tradiciones, entre muchos otros que constituyen lo más importante: unos significados (Cárdenas, 2020).

Partiendo de esto, la jerga campesina es la muestra de una carga de significados únicos de esta población en la que se reconoce que existen bastantes palabras pero que con el tiempo van siendo olvidadas por el uso de un lenguaje más “formal”. Sin embargo, aún se mantienen palabras como “sumercé” o “su persona” para referirse al otro, palabras orientadas al hacer como “atajar” -que significa atrapar o reunir-, “apañar” -orientada a recoger o guardar algo- y “menestar” -que es necesitar algo o alguien- o palabras orientadas a la cocina, tal como cuenta LM:

“...caldero” por ejemplo, que se le dice a todas las ollas, una “jícara”, que significa una pocillada de una bebida, entonces le dicen a uno quiere una jícara de cacao, también porque aquí chocolate no se le dice así. Sí, Caldero, el fogón, la hornilla, la “escuilla”, que es la taza donde tomaba uno el guarapo o totuma” (Comunicación personal, 14 de Julio, 2021).

Estos términos son tan únicos de esta población que si se escuchan en otro lugar se remontarían al campo colombiano y allí, desde lo cotidiano, es que se empieza a forjar una identidad.

Por otra parte, la vestimenta típica es otro símbolo característico de las y los campesinos. La prenda principal es la ruana, que les acompaña para los fríos de Carmen de Carupa y para vestirla con orgullo en ocasiones especiales. También se encuentra el sombrero, ya sea de paño para usar formal o de jipa para cubrirles del sol en las labores del campo; las botas de caucho para trabajar con la tierra; el delantal en el caso de las mujeres, para estar en la cocina; la mochila para cargar sus utensilios, entre otras prendas cuyas peculiaridades menciona P.M, caracterizándolas como:

“ropa muy adecuada para el trabajo que sea holgadita, suelta, cómoda... prácticamente es lo más elemental” (Comunicación personal, 15 de Julio, 2021)

Se evidencia que son usadas de manera práctica y útil por esta población. Como complemento a estas prendas y como se mencionaba anteriormente, hay unos utensilios que acompañan a las y los campesinos en sus labores, entre éstos se encuentra el azadón y la pica, usados normalmente en la agricultura para cavar y mover la tierra; la macheta, empleada para cortar madera para la leña y desyerbar; la hoz, utilizada para el corte de tallos de gramíneas; la estufa de leña, que aún se mantiene en muchos hogares campesinos y que le da un sabor único a los alimentos; el lazo o manila, tanto para atar los bultos de alimento como para amarrar algunos animales y el arreador, para espantar el ganado.

Finalmente, Larraín (2003) plantea que la identidad implica estudiar la manera en que las formas simbólicas son movilizadas en la construcción de una autoimagen y/o de una narrativa personal; por ende, sus palabras, vestimenta, utensilios, tradiciones y demás, son un proceso cargado de significados que les permite mantener e ir construyendo tanto su autoimagen como su carácter, personalidad y esencia. Igualmente, se va fortaleciendo una memoria colectiva donde a pesar de las dificultades, el campesinado re-existe y se mantiene con orgullo.

Proceso histórico, sociocultural y colectivo

Detrás de lo que somos hay una razón de ser, un motivo, una historia, vivencias, tradiciones, costumbres y una infinidad de aspectos que van hilando un camino y por ende, es importante que se tengan presentes ya sea para mejorar lo negativo o fortalecer lo positivo. Desde allí, y en relación a la identidad campesina, los antepasados (padres, abuelos/as, bisabuelos/as) son una pieza clave en el desarrollo de lo que constituye a cada uno, de esos valores fundamentales con los que se crece, los roles que se ejercen, el amor por algunas cosas. También se presenta la diferencia en cuanto al trabajo de años atrás y el de la actualidad. R.A expresa:

“No había nada de mecanización, no habían tractores no había nada, todo lo hacían manualmente, tenían hijos, la familia de mi madre fueron doce hijos y en la familia de mi padre fueron nueve hijos, al inicio todos trabajaban en el campo, todos aportaban, todos tenían mano de obra aparte de eso no había educación entonces todos se dedicaban a laborar la tierra, a cargar agua, no habían acueductos entonces todos transportaban agua, todos trabajaban, todos tenían un proceso, y eran empresas familiares” (Comunicación personal, 16 de Julio, 2021).

Lo anterior refleja que eran campesinos de pura cepa, caracterizados por su fortaleza, entrega, dedicación, trabajo y cuidado con el campo; asimismo, el contraste con el pasar del tiempo puesto que hoy en día hay más facilidad para trabajar la tierra y se ha dado un desarraigo con el territorio por la influencia de nuevas tecnologías y el interés de la vida en la ciudad.

Preservación y transmisión de la identidad campesina

En los procesos de consolidación de la identidad es importante tener en cuenta las nuevas generaciones que van a cumplir la función de valorar y promover la forma de vida campesina.

Ahora bien, las y los campesinos expresan que la juventud actual ha perdido el interés por la vida del campo, sus características campesinas e incluso prefieren adoptar una “nueva” forma de vida en la ciudad dejando su territorio en el abandono. Tal como lo plantea Cejudo (2017), “Se podría pensar en la descampesinización como una interrogante de la pérdida de identidad como derivado de la pérdida de su vínculo primordial: la tierra.” (p.61). Ese desapego hacia su tierra y las labores que implican, hace que poco a poco se pierda ese sentido de pertenencia a su identidad campesina, siendo reemplazado por una identidad dominante que encuentran en la vida urbana promovida por las nuevas tecnologías, el pensamiento facilista, la idea de progreso y las oportunidades que pueden encontrarse, debido a que en su territorio rural les son negadas por el hecho de estar en un lugar en el que el Estado está ausente. Así lo expresa RR:

“El joven campesino se va en busca de nuevos horizontes y se enfrenta a lo que le toque porque ya sabe que si se queda aquí nunca va surgir, entonces sí incentivamos el campo, el joven se nos queda aquí.” (Comunicación personal, 16 de julio, 2021).

En relación a este fenómeno que se manifiesta resultante de los procesos civilizatorios, la comunidad campesina busca otros espacios de enseñanza y aprendizaje en los que pueden compartir y transmitir sus costumbres culturales. Uno de estos es el ámbito familiar, en los que prima una enseñanza del ser campesino en cuanto a valores y principios claves que fundamentan su identidad; de igual manera en su hacer productivo, que se realiza a través de la palabra y el ejemplo.

Las y los campesinos concuerdan que si su identidad se ha visto permeada, invisibilizada e inferiorizada, esto ha ocurrido por los modelos hegemónicos impuestos, tal como plantean Suárez y Terrones (2016), en el sentido en que de manera casi discreta se ha propagado y difundido toda una cultura dominante, totalitaria, ajena y occidental, “usando los medios de comunicación masiva, esto es de las ideas, costumbres y prácticas de la forma de vida de las sociedades industrializadas de occidente” (p.65), lo que ha alterado y fragmentado los modos de pensamiento y de vida, las formas duraderas de ser y de actuar, es decir la dimensión subjetiva de las comunidades rurales. En ese orden de ideas, los autores mencionan que también pueden generar sus propios modelos y compartirlos en su comunidad, probando que su identidad campesina es válida, importante y requiere preservarse.

Relación con el territorio

El campesino, como ser social que vive su proceso de construcción y deconstrucción de la identidad, se desarrolla en contexto con su territorio, pues es allí donde tejen sus relaciones sociales, familiares, comunales y realizan sus actividades agropecuarias, las cuales van integrando un significado colectivo (Cárdenas, 2020). Así lo reflejan las y los campesinos carupanos en sus expresiones y sentires de valor, cuidado y protección de su

Madre Tierra.

“Es mi mandamiento cuidar la naturaleza porque su belleza llena el alma de alegría, vivo enamorado del paisaje y su riqueza y del aire puro que respiro cada día; quiero agradecerte con el alma madre tierra por todas las flores, el sol, la lluvia, la fauna y la flora entera y los alimentos que me brindas de la huerta.” (RR, comunicación personal, 15 de julio, 2021)

Esta composición musical -elaborada por un campesino de la vereda Nazareth- expresa sus sentires de arraigo, agradecimiento y protección por cada parte del campo que disfruta a diario en sus labores, lo cual es fundamental para su vida. Visto de esa forma, las y los campesinos de Carupa sienten que su territorio es un espacio de vida, entretejido con sentimientos de felicidad, bendición, tranquilidad y paz, buscando ese refugio en donde se puede ser, pensar y hacer campesino de forma viva, libre y verdadera. Incluso allí suscita actividades como las huertas, tanto en el casco urbano como en lo rural, sin distinción de género con el fin de integrar a toda la familia, mantener un autoconsumo de alimentos limpios y conservar los recursos naturales, redefiniendo relaciones recíprocas de cuidado en el territorio.

Finalmente, las y los campesinos no sólo asocian su territorio a la idea de un espacio físico en el que convergen sus actividades cotidianas sino que lo comprenden como un escenario de construcción colectiva, asignándole la función de transmitir aquellos saberes y sentires de su identidad, los cuales le permiten florecer su forma de vida campesina, invitando a la apreciación por lo propio y exaltar su esencia desde lo comunitario, tal como lo dice R.A:

“Que la comida que hacen nuestras mamás, las arepitas, el chocolate, la sopita, el envuelto, todas esas cosas nos hace un territorio que aporta beneficios para toda la población que quiera venir” (Comunicación personal, 16 de julio, 2021).

Discusión final

En la diversidad de comunidades que existen en Colombia, son los campesinos quienes cobran protagonismo en estos procesos, los cuales posibilitan un acercamiento a la cotidianidad de la población rural, identificando sus prácticas, sentires y relaciones que vinculan tanto con la tierra como con los demás. Desde Trabajo Social se da apertura a nuevas discusiones acerca del valor e importancia que tiene el conocimiento popular campesino, con el fin de gestar una praxis profesional que le apueste a la recuperación y fortalecimiento de esas culturas *Otras*, por medio del trabajo con la comunidad y una perspectiva descolonial.

En este sentido, las y los campesinos de Carmen de Carupa narran su identidad campesina considerando varios elementos culturales tales como su esencia campesina (ser), sus actividades agrícolas (hacer), sus conocimientos (saber) y demás aspectos que pueden reflejarse en su forma de vida campesina. Sin embargo, en medio de sus narraciones sobre la identidad campesina a través del tiempo (describiéndose a sí mismos y a sus antepasados), se denota en su discurso esa identidad fragmentada o inferiorizada al reconocer que el campesino *“de pura cepa”* se ha desvanecido ya que por los modelos que ha traído la modernidad se generan modificaciones en el ejercicio de sus actividades rurales con el objetivo de pertenecer a la homogeneidad de la sociedad y atender a sus

imposiciones globalizantes.

Es allí donde se destella una luz de identidad en resistencia (definida por Castell (2000) -citado por Garín (2021)-, dado que lo simbólico cobra vida en su cotidianidad a partir de un significado ancestral que datan las raíces de su lucha a través de su jerga campesina (expresiones) que han aprendido, su vestimenta y objetos que han heredado. Como diría Catherine Walsh, se *re-surge y se re-existe*. Por eso, para la recuperación, son conscientes de querer retomar aquellas acciones que desarrollaban sus antepasados en las labores del campo, por ese arraigo de su territorio y la cosmovisión de sus saberes.

Ahora bien, frente a la re-existencia es importante comprender que para que ésta logre consolidarse como forma de vida, el primer paso a considerar es si la comunidad vivencia su tradicionalidad y cultura particular, puesto que los procesos de re-existencia empiezan con la práctica de eso que les pertenece, para después velar por su protección y traspaso a otras generaciones.

En concordancia con lo anterior, se logró identificar que las y los campesinos de Carmen de Carupa reconocen que, con el paso del tiempo, ciertas costumbres de su población se han ido dejando de lado, olvidándose poco a poco y condenándolas a la desaparición. Las causas de este “fenómeno” son diversas, por ejemplo: la llegada de la tecnología (que reemplaza la mano de obra) y su expansión cada vez más masiva, el desinterés de las nuevas generaciones debido a prejuicios y falta de oportunidades, la carencia de reconocimiento frente a sus labores y papel en la sociedad, el discurso de colonización que sigue permeando la realidad, entre otros. Esto deja en evidencia la seriedad de la situación, puesto que todos estos factores impulsan cada vez más la descampesinización, la cual obstaculiza la construcción de su identidad y al mismo tiempo los procesos de re-existencia.

Todos esos elementos, que juegan un papel desfavorable para la población campesina, se pueden condensar en el denominado proyecto hegemónico que se extiende silenciosamente y se va impregnando en esas culturas *Otras*, logrando eliminar paulatinamente eso que era suyo y naturalizando la ajenidad que es reinterpretada por formas de dominación. Al respecto, Carballeda (2017) manifiesta que el coloniaje es un problema que genera padecimiento por conseguir el sentimiento de ser extraño en la propia tierra. Es por esa razón que dicho proyecto totalizante y dominante es el gigante contra el que se debe luchar.

Sin embargo, dentro de esas dinámicas de colonización actual no se puede desconocer que aún se conservan ciertas prácticas, tanto en lo individual como en lo colectivo, que se convierten en escenarios de re-existencia. Un ejemplo de esto sería la siembra de quinua, que no sólo constituye parte importante en su identidad colectiva como asociación sino que también se transforma en una estrategia para el conocimiento y auto-reconocimiento cultural.

De igual manera, los cultivos (papa, cebolla, arveja) realizados de forma tradicional y natural, es decir, con procedimientos “rústicos” y libres de químicos (productos orgánicos) representan re-existencia, potenciando el trabajo en comunidad (familiar, vecinal) y la creación de huertas también comunitarias. Todo esto responde a uno de los objetos a los cuales apunta la re-existencia: retar a las lógicas de dominación establecidas para buscar así, en las profundidades de esas poblaciones inferiorizadas, las formas en las que se organizan, su manera de producir y construir comunidad, los símbolos y significados que le otorgan tanto a su territorio como a su cultura, dignificando su existir y reinventándose para permanecer así transformándose (Albán, 2013).

Figura 1

Diseño de mural: Los campesinos de Carmen de Carupa Re-existen.



Nota: El mural fue propuesto por las y los campesinos de Asoprocampo CC y diseñado por las autoras de la investigación.

Es por eso que Trabajo Social tiene un papel fundamental en cuanto a los procesos sociales-culturales que se viven dentro de comunidades específicas. Desde este ámbito, el accionar debe direccionarse hacia la resignificación y reivindicación de aquellas cosmovisiones que un día fueron infravaloradas y sustituidas por diferentes modelos totalizantes y socialmente más aceptados. Así lo argumentan Pardo et al (2020):

El Trabajo Social pretende el reconocimiento y empoderamiento de saberes que han sido invisibilizados, no sólo en el espacio académico, sino también en el saber y hacer de lo cotidiano, permitiendo así que se abran nuevos modos de investigación e intervención. Desde Trabajo Social es pertinente el reconocimiento de trabajo en redes, la interacción que este espacio permite, el fortalecimiento de estos tejidos sociales que convocan a visibilizar positivamente el abordaje de los procesos gastronómicos y de identidad cultural, los cuales se ven reflejados en actos de resistencia, permitiendo entender las condiciones políticas, sociales, culturales e históricas del territorio, siendo éstos una herramienta vital para el impacto en personas y/o grupos que tienen apuestas diferentes de vida, que reivindican las diferencias, ubicando los saberes/sabores como sistemas de re-existencia y descolonización para el proceso de transformación (pp. 341-342).

Siendo así, surge la necesidad de que la disciplina se reconfigure teórica y metodológicamente para asumir caminos descoloniales en el estar, hacer, pensar, saber y existir; lo que permitiría el reconocimiento de estas *Otras* diversidades sociales que han estado a la sombra, y con éste, el cuestionamiento y confrontación frente al proyecto moderno que es violento con lo diferente. Se requiere de un Trabajo Social que recupere esa memoria colectiva desvanecida, que teja identidad en comunidad, que visibilice esas iniciativas sociales que nacen localmente y que pueden convertirse en acciones colectivas que transformen la realidad. Todavía sigue siendo bastante lo que tiene por aportar Trabajo Social a esas comunidades que luchan, resisten y re-existen en medio de las lógicas de dominación.

Conclusiones

El reconocimiento de la identidad de las y los campesinos de Carmen de Carupa se configura en un contexto de re-existencia, en el que deben luchar contra las estructuras de una sociedad neoliberal que niega e invisibiliza su forma de vida a través de proyectos hegemónicos contemporáneos nefastos que se filtran, adoptan y normalizan en su cotidianidad. A su vez, como asociación campesina deben iniciar un proceso de transformación de lo ajeno que les ha sido impuesto y recobrar lo que les es propio para finalmente construir sus diversas formas de vida campesina partiendo de los escenarios familiares hasta la esfera comunitaria y haciendo partícipes a las nuevas generaciones.

El proyecto hegemónico contemporáneo está reflejado en primer lugar en las acciones del Estado al importar productos del extranjero desconociendo los productos propios y negando garantías en pro del bienestar al campesinado. En segundo lugar, en algunas entidades como empresas e instituciones educativas, que buscan modificar el ser y quehacer campesino al implementar la maquinaria como herramienta principal, la tecnología, el cambio de su jerga por un lenguaje más "formal" y en general, la imposición de ideas encaminadas a un supuesto progreso económico que se esconde detrás del proyecto homogeneizante.

Analizando el papel del Estado, se observan problemas tales como la desmotivación por el

trabajo en el campo y por ende, la migración de los jóvenes a la ciudad en busca de otro estilo de vida. Asimismo, las ideas impuestas desde el proyecto hegemónico llevan a que esta población interiorice un pensamiento de inferioridad, debilidad y vulnerabilidad frente a sus capacidades, prácticas y conocimientos.

Desde el discurso de las y los campesinos de Asoprocampo CC se logran identificar ciertas prácticas cotidianas que se convierten en acciones de re-existencia. Por un lado la siembra de diferentes productos agrícolas que no sólo les genera ingresos económicos sino que además les permiten un autosostenimiento e impulsan la creación de huertas familiares. Asimismo, la siembra orgánica permite la producción de alimentos naturales dejando de lado cualquier aditivo químico o sintético. En esa dirección, la quinua se convierte en un elemento central para su identidad y para la re-existencia, por la carga histórica que evoca y representa a comunidades prehispánicas. Por otro lado, se encuentran algunas prácticas que parecen ser “normales” pero que en realidad configuran espacios de re-existencia: la gastronomía tradicional y la realización manual de ciertos alimentos (cacao, tamales, harina), su vestimenta característica, sus expresiones y el trabajo mancomunado que le hace frente al contexto actual en el que prima y se celebra el individualismo.

Se evidencia que en lo que respecta al proceso de preservación y transmisión de las formas de re-existencia, ésta se vivencia al interior de la esfera familiar, puesto que las y los campesinos de Asoprocampo CC buscan estrategias para inculcar esa cultura campesina en sus familiares, especialmente en sus hijos, con el fin de que estas generaciones logren apropiarse de ésta y mantenerla en el tiempo. Pese a esto, se puede decir que aún falta incidir en la esfera comunitaria, por lo que se hace necesario que las formas de preservación y transmisión trasciendan más allá de cada hogar y que sea toda la comunidad la que se preocupe por exaltar sus tradiciones y resguardarlas del olvido. Desde allí, se buscaría rescatar y resignificar la cultura de su población, realizar ciertas prácticas que permitan conectar con la naturaleza, elemento fundamental para los campesinos y, finalmente, dar paso a otras acciones pensadas desde ese contexto, que generen bienestar en su comunidad y contribuyan al fortalecimiento de su identidad.

Notas

-I- Abya Yala: nombre autóctono más antiguo que se conoce sobre el territorio americano (designado como América a partir de la conquista y colonización europea). Según la Enciclopedia Latinoamericana, “Abya Yala en la lengua del pueblo cuna significa “tierra madura”, “tierra viva” o “tierra que florece” y es sinónimo de América. El pueblo cuna es originario de la sierra Nevada al norte de Colombia; habitaba la región del golfo de Urabá y de las montañas de Darién y actualmente vive en la costa caribeña de Panamá, en la comarca de Kuna Yala (San Blas).”

Referencias bibliográficas

Alcaldía Carmen de Carupa. (2021). Programas Oficina Desarrollo Social. https://carmendecarupacundinamarca.micolombiadigital.gov.co/sites/carmendecarupacundinamarca/content/files/000314/15674_programas-y-proyectos-en-ejecucion.pdf

Albán, A. (2013). Pedagogías de la re-existencia. Artistas indígenas y afrocolombianos. *En Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir. Tomo I* (pp. 443-468). Ediciones Abya-Yala.

Atehortua, O. (2014). Transformación de la vida campesina. *En Diversidades y decolonialidad del saber en las Ciencias Sociales y el Trabajo Social* (pp. 143-148). Pulso & Letra Editores. <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/libros/libros-000047.pdf>

Carballeda, A. (2018). *Apuntes de intervención en lo social: lo histórico, lo teórico y lo metodológico*. Editorial: Margen. <https://www.margen.org/epub/Lohistorico.pdf>

Cárdenas, O. (2020). Identidad boyacense, música Carranguera. *Cuadernos de lingüística Hispánica*, (35), 111-130. <https://doi.org/10.19053/0121053X.n35.2020.10031>

Castellanos, L. (2019). Imaginarios territoriales desde la identidad campesina: Turismo rural en Usme y defensa del territorio. En E. Rozo, & M. L. Vélez Rivas, *Debates contemporáneos sobre el turismo*. Bogotá, Colombia: Universidad Externado de Colombia.

Cejudo, A. (2017). *Identidad campesina: arraigamiento simbólico frente a la descampesinización*. [Tesis de pregrado], Universidad Autónoma del Estado de México. <http://hdl.handle.net/20.500.11799/67264>

Díaz, V. (2017). El pensamiento decolonial: una apuesta hacia los saberes ancestrales para la construcción de la identidad latinoamericana. Recuperado de <https://ciencia.lasalle.edu.co/cgi/viewcontent.cgi?article=1332&context=ap#:~:text=De%20este%20modo%2C%20la%20postura,desvinculaci%C3%B3n%20de%20las%20relaciones%20de>

Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Edición Fundación Editorial el perro y la rana

Farah, A. & Pérez, E. (2004). Mujeres rurales y nueva ruralidad en Colombia. *Cuadernos De Desarrollo Rural*, (51), 137-160. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/desarrolloRural/article/view/1275>

Garín, E. (2021). “Las paredes gritan rebeldía” arte mural y resistencia (o re-existencia) en las poblaciones de Santiago de Chile contra la dictadura militar de Augusto Pinochet. 1980-1990 [Ponencia, Mesa N°25: Entre la politización y la experimentación: prácticas artísticas y culturales en la historia reciente de América Latina (1960 – 2010)]. *XVII Jornadas Interescuelas Y Departamentos De Historia Universidad Nacional De Catamarca- Secretaría De Investigación Y Posgrado Editorial Científica Universitaria*. Santiago de Chile. <http://www.editorial.unca.edu.ar/Publicacione%20on%20line/CD%20INTERACTIVOS/ACTAS%20INTERESCUELA%202019/PDF/mesa%2025/10%20Garin%20Abarzua%20Eduardo.pdf>

Larraín, J. (2003). Concepto de identidad. *Revista FAMECOS*, 10(21), 30-42. <https://doi.org/10.15448/1980-3729.2003.21.3211>

Martínez, A. (2015). La narración como expresión del patrimonio cultural inmaterial. <https://repositorio.uptc.edu.co/bitstream/001/2022/1/TGT-675.pdf>

Matijasevic, M. T. (2015). *Experiencias de reconocimiento y menosprecio en campesinas y campesinos de Caldas*. [Tesis doctoral, Centro de estudios avanzados en niñez y juventud universidad de Manizales - CINDE]. <http://hdl.handle.net/20.500.11907/562>

Melenge, J. & Chévez, C. (2018). Prácticas de re-existencia desde la pedagogía comunitaria. *Revista de Investigaciones UCM*, 18(32), 146-157. <http://dx.doi.org/10.22383/ri.v18i32.120>

Pardo, R., Cano, A., Gómez, L., Ospina, Y., y Vásquez, M. (2020). Comer como acto político: Pan Rebelde, una experiencia decolonial. *En Ética intercultural y decolonial de Trabajo Social* (pp.

333-343). Pulso & Letra Editores.

Román-Cardenas, M. (2014). Identidades y des-identidades campesinas. *En Diversidades y decolonialidad del saber en las Ciencias Sociales y el Trabajo Social* (pp. 137-142). Pulso & Letra Editores. <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/libros/libros-000047.pdf>

Sierra, C. M. (2019). *El campesinado contemporáneo. Un estudio de caso para el municipio de Nobsa en Boyacá*. [Tesis de pregrado, Universidad Externado de Colombia]. <https://bdigital.uexternado.edu.co/handle/001/2141>

Suarez, S & Terrones, I. (2016). Territorio e identidad: cambios en el ámbito rural en el marco de la globalización. El caso de la aldea, Silao. *En Las transformaciones rurales en la globalización: trabajo, cambios territoriales y ruralidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Walsh, C. (2014). Decolonialidad, Interculturalidad, Vida desde el Abya Yala-Andino. Notas pedagógicas y senti-pensantes. *En Los desafíos decoloniales de nuestros días: pensar en colectivo*. (pp.47-78). Editorial Educo, Universidad Nacional del Comahue Buenos Aires-Argentina.